

DOMINGO DE MONTEVERDE Y RIVAS, LA INFLUENCIA CANARIA Y LOS ORIGENES DE LA "GUERRA A MUERTE"

Por NICOLÁS VEGAS ROLANDO

A: José Antonio de Armas Chitty,

Mi amigo el acucioso investigador José Antonio de Armas Chitty, quien el año pasado estuvo en España indagando en los archivos del Museo Naval de Madrid, acertó encontrar en la Sección de *Masonería e Independencia*, una semblanza biográfica de Don Domingo de Monteverde y Rivas; la cual me obsequió oportunamente. Ante su extravío solicité a la Srta. Ana María Vigón, Directora Técnica de dicho Archivo el envío de esa semblanza. Posiblemente es inédito y se ignora su autor, hoy se publica tal como se conserva en el citado archivo, sin las respectivas notas de calce.

Ahora quiero referir algo de las circunstancias que dieron origen a la reacción realista en los albores de la República y todo para comprender el fenómeno de Monteverde, de sus lugartenientes y posteriormente a la actuación de Boves.

Como muy bien señala la historiadora Analola Borges, la influencia de los canarios en la formación del pueblo venezolano se produce desde los primeros conquistadores, Agustín Delgado, Joan de Agueda, Alonso Alvaro, Miguel Alonso, Asensio de Cervantes, Briones, Juan Cabrera, Melchor Cansado, Cansino, Juan Carrasco, Hernando de las Casas, Castaño, Castro, Herrera, Díaz Alonso, Ángel Fernández, Fernández de Porras, Silva y tantos otros, circunstancia que se prolonga con el poblamiento, especialmente de Caracas, Cumaná, Valencia y otras ciudades de tierra firme a través del siglo XVI.¹

Pero, esta influencia no se limita a estas épocas. Por lo contrario se prolonga a nuestros días. ¿Cuántas familias canarias vinieron a Venezuela? Sería casi imposible determinarlo, tanto porque no existen registros en las Islas Afortunadas de los que venían a América,² y en Venezuela se han distinguido siempre por destruir los archivos.³

1 BORGES, ANALOLA. Gente de Canarias en Venezuela. (Siglo XVI), Boletín de la Academia Nacional de la Historia, N° 181, págs. 663 y sgts.

2 BORGES, ANALOLA. *Aproximación al estudio de la emigración canaria de América en el Siglo XVI*. Patronato de la "Casa de Colón", Anuario de Estudios Atlánticos, Madrid-Las Palmas, 1977, N° 23.

3 Como ejemplo de lo señalado cabe destacar que los archivos más completos que existen en el país, son los parroquiales y el de la Catedral de Caracas, algunos libros de registros están mutilados, y en muchos casos en los archivos faltan tomos completos de los registros parro-

Ante tal destrucción, se comprenderá fácilmente mi aserto. Si a lo afirmado se añade con lo que estableció el investigador. Dr. Pedro Manuel Arcaya, de que los párrocos registraban a los isleños o hijos de éstos en los registros eclesiásticos, como pardos.⁴

Pero, también, es innegable que el aporte fue abundante y determinante, basta comprobar solo los apellidos de las conocidas familias orientales y centrales para confirmar esta apreciación son de origen canario los apellidos: Armas, Herrera, Díaz, Bello, Borges, Cruz, García, Palacios, Rodríguez, Rivas, Hernández, Sánchez, Pérez, y pare de contar. Esto nos da una determinante que el canario al emigrar a Venezuela se arraiga en el país y especialmente no piensa regresar a las Islas; y así el canario pasó a ser el isleño venezolano y contribuyó no sólo con su fonética, folklore, modismos, forma de ser, sino, además con sus costumbres, defectos y cualidades, factores todos éstos señalados ya por Analola Borges. Eran agricultores, artesanos y pequeños comerciantes, y por ello estaban en constante contacto con las clases populares y se integraron a Venezuela, así que se pueden considerar más venezolanos que españoles a Morales, Yañez, Rosete y todos los lugartenientes isleños de Monteverde, de Boves y Morillo.

Los venezolanos podemos decir: que de los canarios hemos heredado dos condiciones elementales: su condición mestiza integrada a la otra condición mestiza que trae el peninsular; y otro rasgo aunque este último también es español, la crueldad para con el enemigo.

La conquista canaria se realiza pocos años antes que la de América, los guanches pronto se mezclaron con familias de origen no sólo español, sino alemán, como lo eran los Monteverde, los Montemayor y otros apellidos de origen similar, y también se compenetraron con ellos los irlandeses tal como sucede con los Rivas; genoveses, como los Ponte; franceses, como los Betancourt.

De lo expuesto no es raro que un pueblo que tiene de africano, de hispano, y de europeo, no encuentre inconveniente en unirse con el indio nativo y luego con el negro que es traído como mano esclava en sustitución de aquél. Los isleños siempre han sido considerados en Venezuela como gente laboriosa e inculta, su actividad fueron los pequeños cultivos, la artesanía y el comercio minoritario, pero simultáneamente el canario es llano, cordial, a nadie quiere imponerle su criterio y esto no ocurre con el peninsular, esto determinó que se consideraran a los canarios como blancos de segunda y por tanto discriminados por los españoles de la Península y sus descendientes, durante la época de la colonia.

quiales. En las Canarias tampoco se llevaban registros de los desplazamientos humanos hacia América. Puede leerse al respecto: BORGES, ANALOLA. *Ob. cit.* Además para fines del siglo XVIII eran llevados en forma irregular por los párrocos de las distintas ciudades de Venezuela, ya que inscribían en los libros de "mulatos, zambos, negros y gente de servicio" personas que no fueren notoriamente blancos y hasta incluían en estos libros a los isleños de Canaria, en tal sentido la Real Audiencia tuvo que dictar un acuerdo ordenando que, ni el Reverendo Obispo, ni los Provisores, ni Vicarios pudieran traspasar con pretexto, causa ni motivo las partidas de un libro a otro, esta disposición fue sancionada por Cédula Real del 8 de mayo de 1790. VALLENILLA LANZ. *Crítica de sinceridad y exactitud.* Imprenta Bolívar, Caracas, 1921, págs. 251 a 253.

4 VALLENILLA LANZ. *Cesarismo Democrático.* Cuarta Edición, Tipografía Caracas, 1964, pág. 17, cita 1.

El afán levantisco del venezolano se manifiesta desde el siglo XVIII mediante diversos alzamientos entre los que caben destacarse a la rebelión de Juan Francisco León, Andresote y los intentos de Gual y España. En todos ellos figuraron elementos canarios.

Otro elemento que no hay que dejar pasar por alto es la crueldad; el pueblo español, como la mayor parte de los pueblos del mundo, pero que se acentuó en aquél porque guerreó en forma continua durante más de mil años y así consideraban a la muerte como su compañera. Por lo demás sus soldados no sólo saquearon a Roma, sino igualmente a México y Cuzco, por nombrar a las más resaltantes hazañas.

Cabe señalar que sus diversiones son crueles: corridas de toros y peleas de gallos, y un ejemplo reciente de ese comportamiento lo tenemos en la última guerra civil que se sucedió en la Madre Patria de la cual se cuenta como ejemplo resaltante un aviso que decía: "se vende carne de cura".

Establecidas estas premisas pasaremos a examinar a la luz de la biografía que se analiza de Don Domingo de Monteverde y Rivas las verdaderas causas de los orígenes "de la guerra a muerte", y su actuación político-militar en Venezuela.

En Venezuela se da la circunstancia de que no existían las riquezas mineras que los españoles encontraron en México, Perú, y ya para la época del poblamiento estaban agotados placeres perleros de Margarita y Cubagua, así que, el que venía a estas tierras, tenía que tener en mientes que su sustento lo tendría que extraer del trabajo diario y perseverante en la agricultura y la cría, y esas labores cuidando los cultivos y al ganado fue otro elemento que atribuyó a la formación del carácter del venezolano, pues su patrono que tenía que levantarse a trabajar conjuntamente con sus esclavos y participar con él sus tareas, no tardará en compartir su mesa y su lecho, y así toda diferencia de clase va desapareciendo, aunque se conservaron resentimientos contra las clases aristocráticas y los funcionarios del gobierno, por esa misma circunstancia, porque estas eran familias que gozaban de privilegios y fueros, que le eran antipáticos a quienes compartían con ellos la tarea creadora y productiva, y así se fue formando un sedimento de resentimientos sociales.

Según el Censo de 1810, la población se descomponía así:

Indios de raza pura	120.000
Esclavos negros	62.000
Blancos europeos e isleños	12.000
Criollos blancos e hispano-americanos	200.000
Castas mixtas de todas razas	406.000

De estos datos estadísticos constatamos que la población blanca en Venezuela en víspera de la Independencia es apenas una cuarta parte. Caracas, para 1809, tenía 31.463 habitantes y para el año 1810, el año en que se inició la revolución, 31.813 almas.⁵ Es importante señalar estos dos factores: primero porque según hemos expresado, la población española, incluida los canarios que radicaban en Venezuela, eran de aproximadamente 12.000, según el censo levantado en 1810, y como tropas expedicionarias vinieron de 1811 a 1815, 1.800 hombres y los expedicionarios que vinieron con Morillo y se quedaron en Venezuela fueron 5.811.⁶

⁵ Gaceta de Caracas N° 132, del 29 de mayo de 1817.

⁶ BLANCO Y AZPURÚA. *Documentos*. Vol. II, págs. 190-192.

Así que puede estimarse que el número de habitantes de ese origen fuese en Caracas y sus alrededores no mayor de 3.000.

Por otra parte, existía una élite de hombres destacados que habían bebido en las fuentes de los filósofos de la Revolución Francesa, este grupo de gente ilustre, radicadas preferentemente en Caracas, dejaron una grata impresión en los viajeros memorialistas de la época, entre los cuales se puede mencionar a Alejandro Humboldt, el Conde Segur, Depons, el Príncipe Broglie, siendo particularmente revelador al respecto la opinión inédita hasta hace poco tiempo de este último, porque, él tuvo oportunidad de visitar en una misma época a los Estados Unidos cuando su Independencia y a Venezuela, y así comprarlos en el desarrollo cultural de ambas naciones con saldo favorable de Venezuela.

Esta élite fue la que dio los pasos para iniciar la independencia de Venezuela y quienes en definitiva formaron la opinión que condujo a esta, sacrificando no solo su riqueza, sino sus vidas, muchos de éstos quedaron extinguidos en el fragor de la contienda emancipadora, aparte su ruina económica.

Presentado así el telón de fondo sobre el cual habría de actuar Monteverde. Debemos iniciar el estudio de la gestión de este jefe español en Venezuela. Como nos relata la semblanza biográfica de Monteverde, que hoy reseñamos, él nació en San Cristóbal de La Laguna en la Isla de Tenerife, el día 2 de abril de 1773 y era hijo de familia de posición social y económica, cursó estudios como Cadete en la Academia Naval de la Isla León, donde obtuvo el grado de Guardia Marina el 5 de septiembre de 1791. Este, ya tenía ganada una fama de marino temerario y el grado de Capitán de Fragata, y había intervenido en una serie de operaciones navales, contra los ingleses y franceses, entre otras en la evacuación de Gravina en el Fuerte de Málaga, en el bloqueo de Tolón, en la custodia de Mahon y en otras acciones a las que se refiere la biografía que estamos anotando. Producidos los sucesos de Abril y enviado Bolívar junto con López Méndez y Bello a Londres para promover la independencia de Venezuela, el Libertador consideró útil la presencia de Miranda en el país, pero ella no fue aceptada en la mayoría de los dirigentes revolucionarios quienes veían en aquél, un aventurero, un intruso y un ateo. Sin embargo la juventud revolucionaria encabezada por Bolívar y secundada por Rivas, Coto Paúl, los Montilla, los Salias y tantos otros, bajo la orientación de Miranda convirtieron a la Sociedad Patriótica que era una sociedad para el fomento económico y progreso del país, en un Club revolucionario y la efervescencia de estos elementos precipitó la declaración de la Independencia, tomando como modelo absoluto la Revolución de los Estados Unidos de Norteamérica y en especial su Constitución, hasta el punto que se escogió como día de la declaración de su independencia el mismo que había escogido aquel el que le correspondió a aquella Nación, 4 de Julio, pero debido a sucesos imprevistos la proclama de la Independencia se produjo el 5.

En esta época es precisamente en que Monteverde inicia su actuación en Venezuela, cuando desembarca con un cuerpo de infantería de marina en Coro para apoyar al Capitán General Miyares, y por encontrarse enfermo Izquierdo, Ceballos a cuyo cargo está la guarnición de Coro acuerda auxiliar al Padre Torrellas, quien en Siquisique y en San Miguel estaba en armas contra el gobierno republicano apoyando al traidor Reyes Vargas quién contaba tan sólo con 100 fusileros, Monteverde

informa a su gobierno que emprende la campaña con 264 hombres, incluso su gente de marina, pero cabe resaltar que ya para esa fecha las autoridades españolas venían fomentando la guerra dirigiéndose a la gente de color en Coro y Maracaibo, tal como lo hizo Cortabarría en alguno de sus papeles.

Monteverde inicia su campaña sometido a la autoridad del Capitán Miyares y actúa como subalterno de Ceballos, pero luego de tomar Barquisimeto, San Felipe y toda la región, asume una actitud de Jefe independiente y los triunfos que obtiene le permiten iniciar una política de saqueos. Reyes Vargas toma a Carora, de ahí fue ocupando por la entrega voluntaria de sus pueblos toda la región hasta Barinas, desde donde marcha hasta San Carlos, donde nuevamente vence a las fuerzas patrióticas, avanza sobre Valencia y simultáneamente destaca a Antoñanzas, a El Pao, y Calabozo, donde liberó a José Tomás Boves⁷ “y el antiguo pirata, unido a Antoñanzas entregó la ciudad al saqueo, al degüello de los hombres y al ultraje de las mujeres” y así inicia su carrera aureoleada con los fuegos del infierno, y Antoñanzas mereció el título de “primer asesino de Calabozo” ambos avanzan hacia el centro del país y ocupan a San Juan de los Morros y Villa de Cura, entregando estas ciudades al saqueo, pero además esta circunstancia privó al país republicano, de los recursos que le venían del llano. Austria atribuyó la pérdida de los llanos del Guárico a la inacción de los patriotas y a la falta de plan de Miranda, quien nada hizo por defender a Calabozo.⁸ En Valencia nuevamente las fuerzas patriotas se indisciplinan y carentes de toda moral, atemorizados evacúan la ciudad bajo la comandancia de Ustariz, destruyendo gran cantidad de abastecimientos y pertrechos en vez de enviarlos a Maracay, en este estado Ceballos, creyéndose todavía dueño del mando pretende que Monteverde lo reconozca como tal, a lo que se niega este último, lo que determinó que Ceballos regresara a su base, que era Coro.

Monteverde el 8 de mayo se enfrenta a las tropas comandadas por Miranda en Los Guayos y de este combate el realista Urquinaona llegó a afirmar: que “la mitad de la fuerza de Flores rehusó hacer fuego y una compañía entera de tropa de línea se pasó a los pabellones nacionales” (españoles),⁹ a consecuencia de lo expuesto, los patriotas fueron vencidos y el combate dejó innumerables muertos y heridos, tan pronto Miranda tuvo conocimiento del acontecimiento, ordenó que se retomase Los Guayos como se efectuó en la tarde del mismo 9.

El Jueves Santo, 26 de marzo se produce un terremoto pavoroso, esta circunstancia fue capitalizada por la iglesia, la cual constituía una enemiga acérrima de la Revolución y factor determinante en la economía colonial, como un castigo de Dios contra las personas que se alzaban contra la autoridad real. Un poco antes de los acontecimientos que nos ocupan, se habrían provocado los primeros derramamientos de sangre de civiles por parte de los patriotas, cuando un grupo de isleños intentan un movimiento en la Sabana del Teque, el 11 de julio de 1811,

7 PARRA PÉREZ C. *Historia de la Primera República de Venezuela*. Tomo II, Tipografía Americana, Caracas, 1939, pág. 224, y ENCINA, FRANCISCO A. *Bolívar*. La Primera República de Venezuela, Bosquejo psicológico de Bolívar, Nascimento, Santiago de Chile, 1958, pág. 229.

8 PARRA PÉREZ C. *Ob. cit.* Tomo II, pág. 239.

9 URQUINAONA Y PARDO, DON PEDRO DE. *Relación documentada del origen y progresos del trastorno de las Provincias de Venezuela*, pág. 138 citado por PARRA PÉREZ C. *Ob. cit.* Tomo II, pág. 234.

en esta a resultas de los cuales fueron fusilados el 15 de julio de 1811, 16 personas de un grupo de 60 canarios.

Así se inicia una guerra civil signada por la anarquía espiritual entre los republicanos y el afán de retaliación de las fuerzas realistas con el saqueo general de las ciudades y el degüello de los blancos que ofrecieren resistencia y la persecución de los que claudican con la esperanza de salvar la vida y el patrimonio, ya que Monteverde, quien según Cajigal, no leyó otros libros que los que estudió en la Academia Naval.¹⁰ Afirmó el testigo de los hechos el ponderado Regente Heredia se rodeó de asesores de origen canario, quienes señalaban a cuantas personas deseaban, como malas, y en base a esta acusación eran remitidas a Coro y posteriormente a Puerto Rico. Estos canarios a los cuales se integraron algunos otros de origen ibérico, eran gente inculta, la excepción la constituía el Dr. Vicente Gómez, a quien Heredia acusa ser el más insidioso de los consejeros de Monteverde, los demás, apenas sabían firmar, su ignorancia, barbarie y rusticidad eran notables. A fin de mayo, Monteverde contaba en Valencia sólo con unos 1.000 hombres y con escasas municiones. Al frente tenía al Generalísimo Miranda con un ejército de más de 6.000 soldados, escogidos, bien armados y provistos, además de que contaba con los recursos que le provenían de Caracas y La Guaira. Ninguno de los dos jefes enfrentados se deciden por la batalla, posiblemente Miranda dudaba de la lealtad y preparación de su gente y pensaba que en una guerra de desgaste llevaría él la ventaja. Monteverde por su parte tenía que retirarse sin dar campaña campal, pero en este momento se produce la sublevación del Castillo de Puerto Cabello al mando para aquella época del Coronel Simón Bolívar, dirigió la sublevación el oficial republicano Fernández Vinoni, fusilado por el Libertador después de la Batalla de Boyacá, Juan Jacinto Istueta, Clemente Britapaja y Antonio Guzmán, padre del nefasto Antonio Leocadio Guzmán y abuelo del no menos funesto Antonio Guzmán Blanco.¹¹

El Libertador reconoció el desastre que significó la pérdida de la Plaza de Puerto Cabello y así expresó: "La Patria se perdió en mis manos". Miranda también lo comprendió y quedó plasmado su sentimiento en la frase que hizo historia: "Venezuela ha quedado herida en el corazón", pero no atendió el llamado de Bolívar para que atacase a Puerto Cabello, mientras Bolívar esperaba desde un barco para secundar el ataque. Este hecho significa que los realistas contaran con los refuerzos, municiones y pertrechos de que escaseaban y así por esto su posición se hace superior a la de los patriotas.

El Castillo era inexpugnable; y por lo mismo se convirtió en prisión de los

10 CAJIGAL, JUAN MANUEL DE. *Memorias del Mariscal de Campo Don ... sobre la Revolución de Venezuela*. Ministerio de Justicia, Junta Superior de Archivos. Biblioteca Venezolana de Historia, Caracas, 1969, pág. 75.

11 De este Guzmán quien era otro sargento español, se cuenta que una vez convertido en autoridad española, hacía extraer por su menor hijo Antonio Leocadio, papeletas de vida o muerte para los prisioneros. Antonio Guzmán fue quien se esmeró en humillar y ensañarse contra la indefensa Luisa Cáceres de Arismendi, cuando fue él el encargado de conducirla de Caracas a La Guaira, al ser ella extrañada a España, y era padre y abuelo respectivamente de dos de los hombres públicos que más daño han hecho a las Instituciones Republicanas, como lo fueron Antonio Leocadio Guzmán y su hijo Antonio Guzmán Blanco.

patriotas, "allí se cobraron odios de todo tipo y se satisficieron obsenas pasiones",¹² y como dijo Austria "en él Monteverde hizo encarcelar a todo un pueblo", y además su ubicación permitió aprovisionarlo por mar.

El Castillo cae en manos realistas el 30 de junio de 1812 y Páez lo recupera para la patria el 9 de noviembre de 1823.

Simultáneamente con todos estos acontecimientos se producen el alzamiento de los negros esclavos de Barlovento estimulados por los godos, entre los cuales se encontrará José de las Llamozas, antiguo y relevante patriota,¹³ los negros avanzan hacia la capital. Si a esta circunstancia se auna el hecho de que el carácter de Miranda era demasiado severo, hasta llegar a lo despótico, pues por simples faltas cometidas por sus oficiales los degradaba o humillaba, el caos económico que existió con la emisión del papel moneda que nadie quería aceptar y cuando se imponía su aceptación era fuente de continuos conflictos, y la sequía en la región central del país arruinó la cosecha. Existía un estado de anarquía total condensado en la frase de Padrón quien dijo: "aquí todos mandan y nadie obedece", pese a la autoridad ilimitada que se le había concedido al Generalísimo Miranda, por otra parte, ni el Marqués del Toro, ni Miranda, se comportaron en la misma forma como lo hacían Antoñanzas, aun Monteverde, Parra Pérez dice: "Por desgracia en Venezuela los papeles se habían trastrocado, y la nación entera, aclamando al Rey, marchaba contra la paz y la libertad; y Monteverde era el caudillo de la reacción popular contra un régimen odiado".¹⁴

También, fue causa del desastre de la Primera República, la conducta que adoptara José Félix Ribas, nombrado Gobernador Militar de Caracas y José Francisco Bermúdez, en el Oriente de la República se hacía denominar, José Francisco Pueblo, estos señores estimulados por las prédicas demagógicas del canónigo Cortés de Madariaga iniciaron una persecución cruel y desmedida contra los españoles y canarios, haciéndolos objeto de toda clase de vejaciones, especialmente engrillándolos, y a esto cuando le tocó la hora de la retaliación no distinguieron entre justos y pecadores, y así cobraron multiplicados los agravios y vejaciones del régimen republicano.

- Todos estos acontecimientos, como afirmaba el ponderado Regente Heredia, mudaron enteramente el aspecto de las cosas, hasta esa oportunidad Miranada creía que podía dictar las condiciones de una capitulación honrosa, en esa ocasión se invirtieron los términos y las condiciones las impuso Monteverde. En tal ocasión

12 DE ARMAS CHITTY, JOSÉ ANTONIO. *Historia de Puerto Cabello*. Ediciones del Banco Caribe, Caracas, 1974, pág. 101.

13 Vicepresidente del Ayuntamiento para el 19 de Abril de 1810 y quien tomó primero la palabra en aquella Institución para deponer al Capitán General Emparan, Vocal de la Junta Suprema, y quien redacta nota explicativa junto con Tovar Ponte explicando los motivos de la rebelión y justificando el golpe de estado contra Emparan y dirigió distintas alocuciones a las ciudades de Maracaibo y Coro, que no se habían plegado a las fuerzas patrióticas invitándolas a hacerlo, y, posteriormente el 27 de abril se dirige junto con Tovar, en nombre de Caracas, por circular a los Ayuntamientos de las demás capitales del Continente explicando la razón de su conducta; e igualmente solicitando ayuda de Inglaterra a través del Almirante Cochrane, con el pretexto de la amenaza de una invasión francesa y posteriormente dirigen al Secretario de Estado de su Magestad Británica determinando los motivos que habían impulsado a Caracas a dar su nuevo gobierno.

14 PARRA PÉREZ C. *ob. cit.* Tomo II, pág. 252.

Miranda manifestó: En estas circunstancias “no puedo hacer mayor servicio a mi patria que de restituírle el sosiego y la paz”.¹⁵ Y se afirma como repetía: “nuestros paisanos no saben todavía, lo que son las guerras civiles”, estos sentimientos demuestran la intención de Miranda al capitular, pero al negociar la capitulación mostró un desconocimiento total y absoluto del país y de las circunstancias en que se encontraba. La capitulación,¹⁶ en su última cláusula, que fue la única respetada por Domingo Monteverde, reconoció como legítima autoridad española y le dio legítima gratitud a quien debía incumplir la satisfacción del pacto, cuando con quien debía haberse capitulado era con el comisario Cortabarría o el capitán general Miyares, representante de las fuerzas realistas. Un memorialista ha sintetizado esta situación diciendo: “que la voluntad del insurrecto Sata elevaba a Monteverde a la suprema autoridad de la Providencia”.¹⁷ Cabe señalar que el referido José de Sata y Bussy, Sargento de Artillería, Secretario de Guerra y Mayor General del Ejército, confesaba ser “novedoso en estas materias de campaña” y junto con Aldao y el Conde de la Granja fueron quienes entregaron los patriotas a Monteverde “como un rebaño de cabras”.

Miranda trató de justificar su conducta ante la historia el memorial que le dirigió al Rey de España de fecha 30 de junio de 1813, su actuación al expresar lo siguiente: “Un solo artículo que se añadió a la capitulación y no vino a mis manos por cierto amaño, sino muy pocos minutos antes de mi separación del mando, es subrepticio y no sancionado por mí; porque aunque es verdad que me lo remitió, el Comisario como propuesto por el jefe español, no es cierto que yo le autorizase para firmarlo y mucho menos que yo lo ratificase en desmedro de otros jefes militares españoles que yo respeto, a quienes no tenía fundamento alguno para hacer esta injuria. Y lo más singular del caso es que este sea el único artículo que el señor Monteverde cumpliera en dicha capitulación, pues por él se arrogaba un mando y autoridad que no le competían”.¹⁸ Contrasta la conducta de Páez, cuando tomó por asalto el Castillo de Puerto Cabello, defendido por Calzada, con la de Monteverde en el momento a que nos referimos. Calzada, en tal oportunidad, propuso las condiciones de la capitulación, todas las cuales fueron aceptadas por Páez, éste devolvió a Calzada su espada y fue enviado a Cuba toda la guarnición que defendía el Castillo, al igual que los detenidos en los últimos días, sus empleados y familiares, ningún militar, ni civil, fue considerado como prisionero de guerra¹⁹ y contra ellos no se ejercieron vejámenes, ni retaliaciones. ¡Cuán diferente esta capitulación a la que hizo Miranda ante Monteverde, y cuán distintas las formas de cumplir ambas! Quien con más claridad sintetizó y analizó la tragedia de la caída de la Primera República, fue Bolívar, en su famoso Manifiesto de Cartagena, al cual no nos remitiremos para no prolongar más esta exposición.

15 URQUINAONA Y PARDO, DON PEDRO DE. *ob. cit.* pág. 124.

16 En la semblanza de Monteverde que se comenta aparece como anexo la citada capitulación.

17 URQUINAONA Y PARDO, DON PEDRO DE. *ob. cit.* pág. 164.

18 URQUINAONA Y PARDO, DON PEDRO DE. *ob. cit.* pág. 367, véase asimismo Doc. III, pág. 687.

19 DE ARMAS CHITTY, JOSÉ ANTONIO. La capitulación concedida por Páez puede verse en el documento N° 12 de la citada obra.

Sin embargo, debemos precisar en que consistieron las violaciones en la capitulación de Monteverde suscritas con Miranda, la primera fue que tan pronto se firmó la capitulación, sus tropas, bajo el pretexto de un pronunciamiento revolucionario se movieron hacia La Victoria y hacia la ciudad de Caracas, donde Monteverde inició una inicua persecución contra todos los nuevos y antiguos canarios que tenían que cobrar agravios, de estas persecuciones se salvan muy pocos, entre otros Simón Bolívar a quien Monteverde le concede pasaporte después de ser humillado y vejado tratándolo de traidor a sus compañeros de armas y a la patria, debido a la noble intersección del español Iturbide, quien tenía el propósito de ir a Inglaterra, Manuel Tejera, Manuel Díaz Casado, Antonio Nicolás Briceño, Yañez, Pedro Gual, Briceño Méndez, los Montilla, los Carabaños y algunos extranjeros, y el primo de Monteverde, José Félix Ribas, sobre quien aquél dirige carta de recomendación al Gobernador de Curazao, Hodgson, manifestando este concepto: “Don Félix Ribas, es uno de los caracteres más crueles y feroces que existen”.²⁰ No previno Monteverde que estos hombres fueron los que fomentaron y llevaron a cabo la guerra emancipadora pese a que costó diez años de encarnizada lucha, acaudillados precisamente por el alma de la revolución que fue Simón Bolívar. Este constituyó uno de los pocos actos de clemencia de Monteverde, su gobierno es muy censurable, pues se rodeó de los marinos que le acompañaron en su expedición y de los españoles canarios, especialmente estos últimos, iniciando una persecución feroz y despiadada contra todos los que fuesen delatados como patriotas o simpatizantes de la causa a quienes deseaban hacer objeto de persecución. Nuevamente recurrimos a Miranda, como testimonio de tal afirmación, él en efecto dijo: “Los prisioneros afluían a las bóvedas de la costa. Yo vi entonces con espanto, repetirse en Venezuela las mismas escenas de que mis ojos fueron testigos en la Francia: vi llegar a La Guaira recuas de hombres de los más ilustres y distinguidos tratados como unos fascinerosos; los ví sepultar junto conmigo en aquellas horribles mazmorras; ví la venerable ancianidad, ví la tierna pubertad, al rico, al pobre, al menestral, en fin al propio sacerdocio reducidos a grillos y a cadenas”.²¹ Heredia contemplaba también con repugnancia “las cuerdas de presos”, “víctimas de aquel furor ciego y extravagante que se apoderara sobre todo de los canarios “reputados comúnmente en Venezuela el sinónimo de la ignorancia, barbarie y rusticidad”.²²

Por otra parte Monteverde se rodeó de un grupo de sargentones, quienes cometieron desmanes sin número y sin nombre y quienes ofuscaron totalmente su criterio, hecho aun más censurable porque es evidente que Monteverde era un hombre inculto y rudo,²³ y como resalta el ya citado Regente Heredia era imposible que 5.000 isleños podrían maltratar impunemente a 700.000 almas, pero precisamente esa era la conducta de Monteverde, y como señala el historiador realista Level de Goda “puso una estacada de sargentones en toda la orilla del mar, el Sargento Mármol en La Guaira, el Sargento Antoñanzas en Cumaná, el Sargento La Hoz en Barcelona y el Sargento Martínez en Margarita, fuera de innumerables

20 PARRA PÉREZ C. *ob. cit.* Tomo II, pág. 422.

21 Citado por PARRA PÉREZ C. *ob. cit.* Tomo II, pág. 423.

22 PARRA PÉREZ C. *ob. cit.* pág. 423

23 DOUDRAY-HOLSTEIN, H. L. *Histoire de Bolívar*. Imprinta Levsseur, París, 1831. Tomo I, pág. 98.

sargentos de los innumerables puestos subalternos. La milicia española se convirtió en una sargentería . . .”,²⁴ y al cual hay que agregar que en Río Caribe actuaba Cerveriz, también “Sargento”, en Barinas mandaba Antonio Tizcar, Oficial de Marina.

Así los pulperos de la colonia, como lo fueron Boves, Rosete, Morales, Cerveriz, en distintos y dispersos pueblos del país, se convirtieron en los lugartenientes de Monteverde y luego de Boves y Murillo. Los pulperos estaban en constante contacto con las clases populares, atendían a sus primeras necesidades, le suministraban mercancía y dinero a crédito; y de ahí nacía entre ellos y sus clientes una relación que puede calificarse de familiar; lo que permitió a los nuevos caudillos capitalizar los favores que habían dispensado a sus antiguos amigos afiliándolos a sus bandas armadas, con el aliciente del saqueo y del botín de guerra.

Desatados todos los frenos morales, las hordas de Boves inician una campaña de desolación en el país que culminó en el año 14 con la rebelión general del pueblo, quienes mataron y saquearon indiscriminadamente, especialmente a la gente culta a quienes se les señalaba por sus enemigos, tanto es así que se indica que en las batallas se apuntaba únicamente a los blancos. Rodríguez Villa relata: “desde el principio de guerra han ido extinguiéndose los blancos y ya en los pueblos de tierra adentro, apenas se ve alguno de ellos, siendo negros y mulatos la mayor parte de los habitantes, hasta en las mismas costas”.²⁵

En aquel momento se inició el funesto mal que nos ha acompañado durante la República, el personalismo como señala Parra Pérez y el caudillismo, hecho que queda sintetizado en las frases de Pascual Martínez quien decía: “En mi isla, a quien Monteverde trasladara a Margarita como Gobernador, no hay más Audiencia, ni más Capitán General, ni más Fernando VII que mi voluntad” y como sistema se adoptó el que expresó en estos términos Cerveriz: “no hay más señor que un gobierno militar; pasar todos estos pícaros (criollos) por las armas; yo le aseguro a V. S. que ninguno de los que caigan en mis manos se escapará. Todo gobierno político debe separarse inmediatamente, pues no debemos ni estar ni por Regencia, ni por Cortes, ni por Constitución, sino por nuestra seguridad y el exterminio de tanto insurgente y bandido”.²⁶ Además reinó el terror y la desolación, especialmente para los venezolanos, el general Manuel Fierro escribió a otro español: “En las últimas acciones habían perecido de una y otra parte más de doce mil hombres. Afortunadamente, los más criollos, y muy raro español. Si fuera posible arrasar con todo americano, señaló, mejor”.²⁷ Monteverde mismo se expresó en los siguientes términos: “cada día me va desengañando más el conocimiento que tengo de ellos. Nada hacen por la suavidad y dulzura y el castigo que se les aplique, deberá ir acompañado a cierta fuerza, que haga respetar al gobierno e impedir la venganza de los castigados”.²⁸ Así Monteverde demostró siempre una crueldad que él mismo

24 PARRA PÉREZ C. *ob. cit.* pág. 436.

25 RODRÍGUEZ VILLA, ANTONIO. *El Teniente General don Pablo Morillo Primer Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta*. Tomo III, pág. 433.

26 Carta a Monteverde: 18 de junio de 1813, BLANCO. *Documentos*, Tomo IV, pág. 833.

27 MIJARES, AUGUSTO. *El Libertador*. 2ª Edición, Editorial Arte, Caracas, 1965, pág. 250.

28 Memoria al Ministro de la Guerra: 20 de enero de 1813, citado en PARRA PÉREZ C. *ob. cit.* Tomo II, pág. 429.

practicó y permitió lo hiciesen sus subalternos, además de la carta citada, ejemplo de la primera afirmación lo constituye el escrito que dirige Monteverde a la Regencia, el 17 de enero de 1813, así: "Desde que entré en esta capital y me fui imponiendo del carácter de sus habitantes, conocí que la *indulgencia era un delito...* Caracas y demás que componían la Capitanía General no deben por ahora participar de su beneficio hasta dar pruebas de *haber detestado su maldad y bajo este concepto deben ser tratados por la ley de la conquista*".²⁹ Así el representante de la Ley y del Derecho se transformó en el más feroz de los anarquistas, y nos dejó por herencia que la voluntad de un caudillo es la única ley que impera en el territorio que él gobierna.

En Maturín, Piar, hijo de canario, derrotó el 25 de mayo de 1813 a Monteverde, quien comandaba fuerzas tres veces superiores a las de jefe patriota. Después de la derrota sufrida por los realistas en Taguanes ante Bolívar donde los fugitivos cometieron toda suerte de actos de venganza contra pacíficos campesinos y haciendas a lo largo del camino, esto engendró, como es natural, represalias por parte de las tropas victoriosas. Monteverde, quien se encontraba en Valencia se refugió en el Fuerte de Puerto Cabello, donde los realistas habían recibido refuerzos de la península, de 1.200 hombres al mando de Salomón, y nuevos armamentos y bastimentos, con este auxilio, Monteverde decide atacar las fuerzas sitiadoras y el 30 de septiembre se libró un combate en Las Trincheras, donde quedó derrotado Monteverde,³⁰ y salió herido en la cara por una bala de cañón, nuevamente se encierra en el Castillo de Puerto Cabello y postrado por la herida referida, pidió su traslado a España. En esa época sólo se produjeron escaramuzas entre las fuerzas realistas y patriotas,³¹ para distraer los ataques de los patriotas a los realistas en otros frentes, de estas escaramuzas sólo merece mencionarse el combate de Vigirima.³²

El Libertador Simón Bolívar, pone sitio a la plaza y en uno de los combates cae prisionero "El carnicero" Zuazola, Bolívar propone a Monteverde el cambio de su prisionero por el oficial patriota Jalón, Monteverde no accede al canje y amenaza al Libertador que hará asesinar a dos americanos por cada español o canario preso o muerto. Bolívar le responde que tiene en su poder a seis mil españoles y que a la primera víctima americana los condenará a la última pena y hace ahorcar a Zuazola, frente a las fuerzas españolas. Monteverde ordena en represalia se fusilen a cuatro patriotas. ¡Nuevamente se derramó la sangre venezolana!

Para diciembre de 1813, Monteverde recibe autorización para retirarse a Puerto Rico, a reponerse de las graves heridas recibidas en agosto de ese año en la acción de Bárbula. Para esa fecha terminó su actuación en Venezuela.

29 BLANCO, JOSÉ FÉLIX, *Documentos*. Tomo IV, N° 832, pág. 625, tomado de la Memorias de Urquinaona, que en la edición de la "Biblioteca Ayacucho" figura en las págs. 295 y sgts.

30 Memorias del General Daniel Florencio O'Leary, Narración, Tomo Primero, Prólogo de Mons. Nicolás E. Navarro, Imprenta Nacional, Caracas, 1952, pág. 168.

31 Memorias del General Daniel Florencio O'Leary, Narración, Tomo I, Prólogo de Mons. Nicolás E. Navarro, pág. 187.

32 En Vigirima se enfrentaron las fuerzas enviadas por Monteverde desde Puerto Cabello, el Regimiento de Granada al mando de Salomón, quien combatió a Rivas que solo contaba con 500 hombres de infantería, la mayor parte estudiantes y 200 jinetes, quienes eran agricultores de Caracas. Salomón después del combate hace encender fogatas para engañar al enemigo y mientras tanto se repliega a su base de origen.

Se puede mencionar que la participación de Monteverde en Venezuela fue el siguiente: militarmente no destacó como un soldado aguerrido, ni como excepcional estratega, aunque no puede negarse que él fue valiente, y supo aprovecharse, muy hábilmente, de las debilidades del contrario y explotárlas, tan es cierta esta afirmación que cuando se le presenta la oportunidad de enfrentarse a tropas decididas al combate, fuere derrotado, como sucedió en Maturín y Las Trincheras. Sus éxitos los obtenía Monteverde estimulando a las clases desposeídas, a la codicia de los saqueos de las ciudades o pueblos que e le sometían y de las haciendas que encontraba en su camino, e incumplió con las promesas que cuando se le presentasen los rebeldes de indultarles los delitos. Como militar incumplió con su primera obligación, la de someterse a las órdenes de sus superiores. Como político, fue el que con sus persecuciones inició en Venezuela la anarquía como forma de gobierno, desde la época de la Independencia, hasta principios de siglo era común que las montoneras tomaran como consigna de batalla la de "VIVA EL GOBIERNO Y MUERA EL GANADO". Además persiguió a los habitantes de Venezuela, cuando no ultrajándolos, independientemente de su condición, edad o sexo, persecución fomentada por gente intrigante e inculta que condujo a que se enervaran los ánimos y así se desatase no una guerra civil, que bien pudiera haberse evitado si Monteverde hubiese actuado con espíritu de reconciliación, por lo contrario su conducta originó la guerra a muerte, convirtiendo en fieras a hombres que antes de ser perseguidos con zaña se habían comportado como hombres cultos, pacíficos y civilizados, tales como fueron los casos de José Félix Rivas, José Francisco Bermúdez, Juan Bautista Arismendi, Leandro Palacios, Antonio Nicolás Briceño, Piar, Mariño y el español Campo Elías, quienes emularon con sus crímenes los de los lugartenientes de Monteverde.

De tal enumeración no se ha excluido, ni siquiera el Libertador, a quien se le acusa de haber promulgado el famoso Decreto de Guerra a Muerte, contra españoles y canarios. Este Decreto se justifica, ante la historia, como un medio para compactar la opinión pública al lado de los patriotas contra los realistas. Además, se le imputa que Bolívar, después de la derrota que sufrió Campo Elías, en La Guaira, ante las fuerzas de Boves, ordenó el asesinato de ochocientos españoles. Sin embargo, mirando tal acontecimiento con perspectiva histórica se puede decir que él no podía dejar de tener presente lo que le sucedió en Puerto Cabello en el año 12, por su poca malicia; y también se le acusa de dar la orden de muerte contra los Capuchinos Catalanes de las Misiones de Caroní,³³ y el fusilamiento de Piar.³⁴

33 Sobre la muerte de los Misioneros Capuchinos Catalanes en las Misiones de Caroní, existen diferentes versiones: Montenegro y Colón historiador realista atribuye la responsabilidad indirecta del crimen a Bolívar, versión que repite Baralt, Tavera Acosta, también inculpa al Libertador, por su parte el Padre Blanco, testigo de los hechos exonera de culpas de ese asesinato a Bolívar; Restrepo y O'Leary, por su parte, dan una versión de que fue Jacinto Lara quien fue el ejecutor material de la matanza, conjuntamente con su ayudante Monzón y atribuyen el hecho de que Lara interpretó mal la orden que dio el Libertador de trasladar los capuchinos de la Misión de la Divina Pastora, que no constituía sino, una macabra orden de que ellos pasasen a ver a la Santísima Virgen. Los sistemáticos detractores del Libertador, José Domingo Díaz y Torrente atribuyeron tal hecho a Piar, Tavera Acosta, Vicente Dávila y Jorge Luciani, excluyen cualquier ingerencia de Piar en tal crimen y Duarte Level sostiene que: Piar desaprobó la ocurrencia, así en Caruachi como en Upata, y públicamente la atribuyó a Bolívar, de quien dijo no poder ser su amigo después de semejante crueldad (Todos los

Waldo Frank ha sido el historiador que ha calado con mayor profundidad en el espíritu de Bolívar, al establecer las causas que impulsaron al Libertador a actos que ha merecido la censura de la historia y así dice: "Era un fanático; aún más, un fanático español por excelencia". Por su América era capaz de llegar hasta la crueldad, tal como su enemigo llegaba a la crueldad por su rey y por su iglesia. . . No perturbaban a Bolívar la sangre y la injusticia individuales en beneficio de una

tratadistas mencionados por Manuel Alfredo Rodríguez. Bolívar en Guayana, 2ª Edición, Caracas, 1972, pág. 66), Felipe Larrazábal y Lecuna exoneraron de toda culpa tanto a Bolívar como a Piar (Rodríguez 66). Quien con más imparcialidad y razones ha intervenido en la polémica es el magnífico biógrafo del Libertador, analiza su vida y actuaciones a través de ocho gruesos volúmenes, es el historiador chileno Encina, quien acoge la versión del Obispo de Papayau, Jiménez, quien en carta a Obando afirmó que le había impuesto del caso y que lejos de ser Bolívar quien mando a matar a los capuchinos y enviar a su edecán Freitas para impedirlo. Lo cierto, como señala Encina, es que para el momento que se tomó la decisión, Piar había confesado, en el diario del ejército, que habían fallecidos 14 misioneros a su cargo, víctimas de encarcelamiento, vejaciones y atentados, y así resulta que los fusilados fueron 20 misioneros, el 7 de abril de 1817 había logrado huir a Demarera. Hay que colocarse en el momento que se sucedieron los hechos para poderlos apreciar en toda su dimensión, antes de este crimen había pasado por las armas a todos los patriotas que encontró refugiados en el convento franciscano, conocido como la Casa Fuerte de Barcelona (Venezuela), donde perecieron a filo de machete, miles de personas, la mitad de ellos constituidos por niños, mujeres, inválidos, enfermos y ancianos, además, de los hombres que se consideraban amparados en sitio aparentemente sagrado, y donde se respetaría el derecho de asilo. Solo se salvaron de la furia descontrolada de las fuerzas realistas no más de siete oficiales quienes lograron huir antes de ser degollados. Existía para aquel momento un insistente rumor de una invasión de Morillo; y el Padre Vichi, en el Elogio que hizo de las víctimas manifestó jactanciosamente que los frailes misioneros tomaron partido abierto en favor del Rey y en contra de la República y así procedieron siempre según los dichos del referido Padre; y de Monteverde y Colón. Otro factor determinante e incontrolable en este cuadro trágico cabe señalar que los indios se podían considerar enemigos de los misioneros. La situación de las misiones para la época en que produjeron los acontecimientos que nos ocupa era desoladora, pues por una parte había mermado mucho el ganado y los cultivos y por otra, se habían reclutado indiscriminadamente a los indios y los que no habían sido reclutados huían al monte, para evitar ser sometidos, y ser enviados a la guerra donde tampoco regresaban. Por lo demás, pocos indios estaban realmente civilizados, y la mayor parte no aceptaba un régimen que aunque de persuasión le retribuía su libertad. (Se puede leer al respecto Diario de un viaje a las Misiones Capuchinas del Caroní, John Princep, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1975).

34 El fusilamiento de Piar, el cual fue desde el mismo momento de su ejecución un motivo de mortificación para el Libertador, de lo cual dejó más de una constancia, puede explicarse no como un acto de retaliación, o como un medio para eliminar a un rival, lo primero porque Bolívar no tuvo motivos para odiar a Piar; y lo segundo porque Piar aunque mejor soldado que el Libertador, éste le aventajaba como conductor de hombres y estadista, y aquel era un acto ejemplarizante, tal como lo fue porque a partir de aquel momento los distintos caudillos despreciaron su actitud levantística y reconocieron la actividad suprema del Libertador, no hay que él dirigía a luchadores simultáneamente contra fieras, y no contra ángeles y serafines, y así los resentimientos y se cobraron agravios, como venía sucediendo desde el inicio de la guerra de Independencia en Venezuela, donde imperaba la guerra a muerte a consecuencia de la cual aquella estaba inundada por un océano de sangre y desolación. Si Bolívar fue indulgente para con Lara y Piar, las necesidades del momento le impedían disimular los crímenes a otros oficiales.

Con el fusilamiento de Piar ha sucedido algo similar en la interpretación de los móviles y las responsabilidades de tal hecho. Para el Padre Blanco, sucesor de aquel en la administración de las Misiones del Caroní, también fue culpable para el General José Ignacio Pulido, para aquella fecha Secretario del Concejo de Guerra; y lo fue para Blanco y Azpúrua, como

causa justa".³⁵ Parafraseando a Encina, podemos afirmar que las conductas de Monteverde, Boves y Murillo hicieron más por la Independencia de Venezuela que la de sus libertadores, excluido Bolívar.

En medio de tanto pavor y desolación, es reconstruida en Valencia la Real Audiencia, la cual se eleva contra aquellos actos despóticos e ilegales "que provocan por todos los medios imaginables la paciencia de los vecinos". Si hubo mil malvados, más de un desollador y hordas de sanguinarios, ante ellos se enfrenta un hombre revestido únicamente de la autoridad que le daba su cargo y su toga, como lo fue el Regente Heredia, que supo enfrentarse con valentía y energía a los nuevos Atilas, representados por los sargentos de Monteverde, por Boves y posteriormente por el pacificador Morillo y su cohorte, este fue el famoso Regente Francisco José Heredia Meneses, padre de quien fue famosísimo poeta José María Heredia, aquel dejó plasmada en sus insuperables memorias lo que significó en América y particularmente en Venezuela, la lucha perenne de la civilización contra la barbarie, y la mejor manifestación de esta afirmación la constituye el hecho de que Monteverde fue distinguido con la Gran Cruz de Isabel La Católica que hasta entonces, ni tampoco después, no se le había otorgado a ningún Brigadier, y le fue conferida la Orden Militar de San Fernando en la Cruz Laureada en su segunda clase y ascendido por último al cargo de Jefe de la Escuadra, con el encargo de desempeñar la Comandancia principal del Ejército de los Tercios Navales de Levante. Por lo contrario al Regente Heredia, quien se enfrentó a las tropelías de Monteverde y al Atila venezolano Boves, solo con su integridad de Magistrado y el respaldo de las leyes se enfrentó a los atropellos de aquellos y de sus lugartenientes, se les degradó en sus servicios ya que se les asignó un cargo de menor jerarquía al que desempeñaban en Venezuela, en México, lo cual contribuyó a precipitar su muerte. Sin embargo deja un recuerdo imperecedero, ya que de él podía decirse como afirmó el poeta Horacio: "EXEGI MONUMENTUM AERE PERENNIUS" ("He acabado un monumento más perdurable que el bronce"). Caracas, junio de 1978.

* * *

lo fue para O'Leary (Tomo I, págs. 436 y sgts.), y para Gil Fortoul, I, págs. 391 y 392). Sin embargo según el concepto de Tavera Acosta, Piar no era culpable, ni para Madariaga, ni en todo ese huracán de contradicciones parece que las opiniones más sensatas son las de Salom quien admite que Piar era su amigo y a quien le debía favores, le imputa el delito de desertión por el cual fue considerado culpable y condenado a muerte. Briceno Méndez por su parte, sintetizó el drama en esta frase: "No me atrevo a decir si fue más patético el suplicio de Piar o la aflicción y pena del General Bolívar. (Pueden leerse estos conceptos en O'Leary T. I, págs. 435 a 437). Dos opiniones de historiadores adversos a Bolívar justifican su actitud así: Mitre: "Si no fue un acto justo fue quizás un acto necesario. Su muerte afirmó su autoridad aún vacilante (MITRE, BARTOLOMÉ. *Historia de San Martín y de la Emancipación Sud-Americana*. Buenos Aires, 1963, 4ª Edic. Ediciones Penser), y por su parte Madariaga sostiene: "Que el fusilamiento de Piar fue fructuoso como un acto de fuerza en un país donde solo la fuerza podía imponer la autoridad" (MADARIAGA, SALVADOR DE *Bolívar*. Editorial Hermes, México - Buenos Aires, 1953, 2ª Edic. T. 1, pág. 598).

³⁵ FRANK, WALDO. *Bolívar. Nacimiento de un Mundo*. Editorial de Arte y Literatura, La Habana, 1974, Tomo I, pág. 152.

ANEXO

DON DOMINGO DE MONTEVERDE Y RIVAS

Jefe de Escuadra de la Real Armada y Coronel General de la Brigada Real de Marina. Nació en la ciudad de San Cristóbal de La Laguna en la isla de Tenerife, el 2 de abril de 1773 y fue bautizado en la Parroquia de Nuestra Señora de los Remedios el día 4 del mismo mes y año. Fueron sus padres don Antonio Estanislao de Monteverde, Ponte y Lugo, Capitán de las milicias de la Orotava y doña Francisca de Rivas Ome de Franchy. Sus abuelos paternos don Manuel Joaquín de Monteverde y Lordelo, también Capitán de las milicias de la Orotava y doña Beatriz de Lugo-Viñas y Franchi-Alfaro y los maternos don Valentín de Rivas, Ome y Betancourt, Capitán de las milicias de los Realejos y regidor perpetuo de Tenerife y doña Cecilia Ome, Betancourt y Franchy.

Sus bisabuelos paternos, el Capitán don Manuel de Montevrde. Pontey Molina y doña María Lordelo y Molina, don Antonio Estanislao de Lugo-Viña y Ponte, Capitán de Caballos corazas, alcaide y castellano del Puerto de la Cruz de la Orotava, y doña María Magdalena Franchi y Alfaro, Monteverde y Brier, y los bisabuelos maternos don Roberto de Rivas, Coronel del Regimiento de Guimar y doña Francisca de Betancourt, Castro y Llarena. El Capitán don Salvador Ome y doña Antonia de Betancourt.

Tan luego cumplió los doce años de edad, siguiendo las huellas de sus antepasados sentó plaza de Cadete en el Regimiento de Milicias provinciales de la villa de la Orotava, cursando en las aulas de la ciudad de La Laguna los rudimentos de su oficio, con notable aplicación y aprovechamiento, sin dejar por ello su manifiesta inclinación a la carrera de Marina, en la que habían servido y entonces serían algunos deudos suyos, los cuales en sus cortas permanencias en la Isla de Tenerife le entusiasman con relatos de las navegaciones, visitas de puertos, combates y demás episodios propios de la vida de mar.

Decidido a cambiar de vida solicitó su ingreso en la Armada cuando ya había cumplido los diez y seis años de edad, obteniendo carta orden de Guardia Marina en septiembre de 1789, emprendió su viaje a la Península y se presentó en la Compañía del Departamento de Cádiz en 1º de octubre de 1789, pero como no existía vacante en ella fue destinado a la de Cartagena en la que sentó plaza el día 17 del mismo mes y año. En esta academia prestó su primer examen el 12 de febrero de 1790 obteniendo nota de sobresaliente.

Al ocurrir vacante en la Compañía de Cádiz, fue Monteverde destinado a ella en virtud de orden de la Corte de 3 de marzo de 1790, y presentándose en la academia de la Isla de León el 8 de junio siguiente, terminó sus estudios el 5 de septiembre de 1791, mereciendo la calificación de sobresaliente en la mayor parte de sus asignaturas.

Embarcó por primera vez como Guardia Marina en la fragata "Palas" el 12 de septiembre de 1791 en la que navegó por el océano Atlántico y Mediterráneo, y transbordado el 11 de febrero de 1792 a la nombrada "Rosario" continuó sus cruceros hasta el 23 de julio siguiente que desembarcado pasó a servir a la Compañía de Guardias Marinas del departamento de Cádiz, en la que había ascendido a Brigadier en 19 de mayo anterior, por su buen comportamiento y aprovechamiento en sus estudios.

El 13 de septiembre del mismo año fue destinado a la fragata "Asunción", de la que transbordó al navío "Gallardo" que pertenecía a la Escuadra del mando del Teniente General Don Juan de Lángara y Huarte.

Ascendió a Alférez de fragata el 28 de enero de 1793 ocupando el cuarto lugar de los ciento ochenta de que se componía su promoción.

De oficial continuó sus servicios en la citada Escuadra con la que salió para el Mediterráneo, entró en Cartagena y practicó cruceros sobre Cabo Creus e incorporados a la Armada inglesa del Almirante Hood en agosto de 1793 tomaron posesión del puerto, arsenal y plaza de Tolon.

Allí concurrió a multitud de acciones de guerra, distinguiéndose en la salida que tuvo la guarnición de la plaza a las órdenes del jefe de Escuadra Don Federico Gravina; en la defensa del fuerte de la Malga bajo el mando del Capitán de navío don Antonio de Estrada; y en el reembarco y evacuación de ella, dirigido por el mayor general de la Escuadra don Ignacio María de Alava siendo recomendado por el valor y arrojo con que se condujo Monteverde en estos lances.

Al dar la vela la Escuadra combinada anglo-española fue hostilizada por las baterías y fuerte de la Malga, de la que estaban posesionados los enemigos, teniendo que batirse con ellos, durante las bordadas a tierra, a que los obligaba lo contrario y escaso del viento. Al fin, franqueados los buques se dirigieron al fondeadero de las Islas Hieres, en donde sufrieron un duro temporal de los que con frecuencia reinan en el golfo de León. Durante el invierno. Cuando amainó el tiempo salió la Escuadra para Cartagena en cuyo puerto desembarcaron los fugitivos de la plaza de Tolon que al abandonarla se habían amparado en los buques españoles a principios de enero de 1794.

Reparada la Escuadra volvió a salir a la mar a cruzar por el Mediterráneo bajo el mando del General Lángara, regresando a Cartagena después de bloquear el puerto de Tolon y guardar el de Mahon.

A principios de mayo de 1794 volvió a la mar ambarcado en la Escuadra del mando del Teniente General Don Federico Gravina con objeto de socorrer las plazas de Colliure y Pord-Vendres sitiados por los franceses pero habiendo sido tomados por los enemigos, la escuadra se retiró a la rada de Rosas, para socorrer esta plaza, asediada por los franceses.

En la defensa de esta plaza prestó Monteverde excelentes servicios. En la mar mandando la bombardera latina "número 2": y en tierra dando la guarnición al Castillo de la Santísima Trinidad de la referida plaza y en ella permaneció hasta el 3 de diciembre que se evacuó.

Reembarcado en la escuadra del General Gravina, siguió la operación hostilizando los puertos enemigos, y cruzando por el Mediterráneo sobre las islas de Hieres y Mahon hasta que firmada la paz de Basilea, entró en Cartagena quedando embarcado en los buques armados de aquel departamento.

Por los servicios prestados durante la guerra fue Monteverde incluido en la promoción de 21 de agosto de 1796 y ascendido a Alférez de Navío en su nuevo empleo fue destinado a la fragata "Paz" que formaba parte de la escuadra del Teniente General don Juan de Lángara, con la cual hizo viaje a Tolon, cruzó por el Mediterráneo y entró en Cartagena en noviembre del citado año, quedando bajo el mando del Teniente General don José de Córdova, por haber salido para la Corte

el general Lángara a encargarse del Ministerio de Marina que el Rey le había confiado.

En la mencionada escuadra salió de Cartagena el 1º de febrero de 1797 escoltando conboyes de buques mercantes para Almería y Málaga y las cañoneras para el bloqueo de la plaza de Gibraltar. Después de dejar estos buques en sus respectivos puertos y otros convoy de velas mercantes sobre Algeciras y Cádiz, siguió la escuadra para el Cabo de San Vicente.

Embarcado en la fragata "Paz" se halló Monteverde en el combate que la referida escuadra del Teniente General don José de Córdova sostuvo en aguas del citado Cabo de San Vicente el día 14 de febrero de 1797 con la inglesa que regía el almirante Jerwis. Después de la acción y de cruzar sobre Lagos, entró en Cádiz el 3 de marzo siguiente quedando desembarcado el 11 de noviembre sucesivo.

En el Departamento de Cádiz prestó sus servicios como teniente de la 6ª Compañía del 9º batallón de Marina para cuyo empleo había sido nombrado por Real orden de 3 de julio del repetido año de 1797.

Elegido para formar parte de la dotación del Apostadero de fuerzas sutiles de Algeciras, salió de la Isla de León el 16 de diciembre correlativo presentándose en su destino al día siguiente: allí obtuvo el mando de varias cañoneras con las que prestó buenos servicios convoyando bajo su dirección diferentes buques a Málaga, Ceuta y otros puntos de la costa, sostuvo varios encuentros con buques corsarios enemigos, persiguiéndolos hasta el fondeadero de Gibraltar y haciendo varias presas. Se halló en el combate que sostuvieron el día 30 de marzo de 1798 las fuerzas sutiles de la división de Algeciras contra los buques fondeados en la bahía de Gibraltar. Desembarcó en Algeciras el 17 de noviembre de 1798 para regresar al Departamento de Cádiz, en el que se presentó al siguiente día, quedando en tierra para servir su empleo de Teniente en los batallones de Marina que estaban en la Carraca.

En 1º de marzo de 1799 fue destinado al navío Bahama que pertenecía a la escuadra del mando del Teniente General don José de Mazarredo, en la que dio la vela para el Mediterráneo el 13 de mayo siguiente, a fin de incorporarse a la Armada francesa del Almirante Bruix pero a causa de un fuerte temporal que sufrió en el meridiano de Málaga tuvo que arribar al puerto de Cartagena. En este departamento transbordó al navío "Mejicano" en el que salió para Cádiz formando parte de la mencionada escuadra fondeando en el placer de Rota el 10 de julio y el día 18 transbordó al bergantín "Vivo" con el cual salió para Ferrol.

En la mañana del 25 de agosto de 1800 recaló sobre la ensenada de Doniños, una escuadra inglesa compuesta de los navíos de guerra: "Londres" de 112 cañones, "Fama", "Impetuoso", "Bizarro" y "Capitán" de 74.

Dividida en varios trozos, persiguió por espacio de dos leguas a los fugitivos, que tomaron unos para Algodonales, otros hacia el camino de Carora, internándose otros aunque pocos en la montaña. El capitán Inchauspe siguió al alcance con la caballería hasta el pie del Cerro de Algodonales. El haber sido la acción entre bosque de... y tunales ocasionó que fuese menor el daño del enemigo y por la misma razón no se pudieron acabar de contar los muertos, ni recoger los efectos abandonados. Entre los cadáveres se ha encontrado el del Teniente don Manuel Pérez y se sabe que llevaban muchos heridos, dejando tirados

por los caminos y malezas sus fusiles, municiones y algunos equipajes y mulos de silla, que concedió a los soldados. En la columna realista hubo ocho heridos ninguno de gravedad, un sargento y dos cazadores de marina, un granadero de Maracaibo, dos blancos de Coro, otro de Pardos y otro de Pedregal.

Las fuerzas insurgentes eran de 500 infantes y 50 caballos a las órdenes de don Manuel Gil, las realistas en Algodonales eran 300 hombres y en las Perdices 400, pero siempre muy superiores por su calidad a los contrarios, que debieron mucho a la circunstancia de ser su fuga por terreno montuoso y conocido de ellos. Se pasaron a los realistas dos soldados por los cuales supo que los insurgentes tuvieron aviso del movimiento de la columna de Izquierdo cinco o seis horas antes de haber llegado a Algodonales.

Y terminaba manifestando que todos los oficiales y soldados habían contraído un mérito extraordinario en ambos encuentros y que el Capitán de fragata don Domingo de Monteverde había contribuido en gran manera al buen éxito de las operaciones, así mismo que merecía particular mención el sargento segundo Manuel de Rojas, que a pesar de haber sido herido continuó en el alcance del enemigo, y que eran también dignos de elogio los nuevos jóvenes cadetes del batallón veterano de Maracaibo que habían practicado casi toda la marcha a pie y habían llenado completamente los deberes de granaderos a cuya compañía estaban agregados.

Siguió con varia suerte las operaciones bajo el mando del teniente coronel Izquierdo hasta el mes de marzo de 1812 que habiendo recibido el brigadier don José Ceballos Comandante General de la provincia de Coro, oportunos avisos de las favorables disposiciones de algunos insurgentes para volver a sus Banderas y especialmente del Cacique indio Juan de los Reyes Vargas, Capitán Cubano de la Villa de Siquisique, a quien prometía la formación de una partida para secundar los propósitos de las tropas realistas, mandó aprestar una expedición de 200 o 300 hombres cuyo mando confirió a Monteverde. Empezó su marcha con la expresada columna, y cuando llegó a la vista de Siquisique ya el pueblo estaba en poder del referido Reyes Vargas, quien puesto a la cabeza de 200 fusileros y 100 flecheros, había arrestado a las autoridades que mandaban a nombre de la Junta revolucionaria de Caracas, así es que hizo su entrada el 17 de marzo a medio día. Allí tomó todas las precauciones militares, para establecer su base de operaciones y envió su vanguardia para batir a los insurgentes que intentaron atacarle por los puntos de Uribe y Cosobona, siendo rechazados y avanzando el Capitán Reyes Vargas que mandaba aquella, hasta Maldonado, marchó Monteverde el 19 con toda su gente a atacar a Canora presentándose porción de soldados caroreños con armas y municiones.

Siguió su marcha feliz hacia Tocuyo del que se apoderó aprovechándose de los primeros movimientos, de la confusión y del desorden, y habiéndose rendido Maldonado a su vanguardia volvió a Siquisique con su columna reforzada con los auxilios de los que se habían pasado, se dirigió hacia Caracas, defendida por 700 hombres mandados por el desleal español don Manuel Marín, que había arrastrado a su causa sobre 300 veteranos de los más distinguidos, contando con todos sobre mil los insurgentes que defendían la plaza. Nada arredró a Monteverde, decidió el ataque el día 23 siendo tan impetuoso por parte de sus tro-

pas que los rebeldes quedaron arrollados a las primeras descargas y huyeron despavoridos, abandonando siete piezas de artillería, muchas armas y pertrechos.

A los pocos días de esta brillante acción, y cuando los insurgentes iban moviendo sus cuerpos para destruir la pequeña columna de Monteverde, que al favor de la opinión de los pueblos del Tránsito, había progresado, gracias a su tacto y consideración con los vencidos, más de lo que había podido prometerse el brigadier Cevallos, que le había dado el primer impulso, ocurrió una de aquellos fenómenos suscitados visiblemente por la divina providencia para demostrar su brazo omnipotente, que se complace a veces en deshacer con humildes medios los grandiosos planes formados por el genio de los hombres. Cuando el furioso terremoto de 26 de marzo arruinó las poblaciones de San Felipe, Barquisimeto, Mérida, La Guaira, Maiquetía, Chacao y Caracas, tenían los rebeldes la mayor parte de sus tropas en las inmediaciones de la capital, con guarniciones en los valles de Aragua, de La Guaira, Puerto-Cabello, y los demás fondeaderos de la costa, en los que conservaban algunos flecheros, cañoneros, tres bergantines, y una goleta de guerra. En Barquisimeto había mil hombres de guarnición con artillería y pertrechos. Tenía pues, la república de Caracas, cinco mil hombres disponibles para presentar batalla a la columna realista, sin contar un cuerpo de dos mil quinientos que se había dirigido a la Capital de Guayana, sostenido por treinta y dos buques armados que seguían en marcha por el Orinoco. Conociendo Monteverde lo crítico de su posición, trató de poner la ciudad de Caracas en estado de defensa, con muy poca probabilidad de que todo su celo y esfuerzo pudiera suplir la falta de medios para librarla de una expedición bien concertada y dirigida.

Mejor enterado el brigadier Cevallos del eminente peligro que corría aquella columna, escribió a Monteverde encargándole la evacuación de dicha ciudad de Caracas para no ser cortado por las tropas de Barquisimeto, reformadas con otra parte de los 1.500 a dos mil hombres que el Congreso de Venezuela había reunido en Valencia desde que se había trasladado a aquel punto como el más central para sus operaciones. No entraba, pues, en los cálculos de la humana previsión el creer que el esforzado Monteverde pudiera conservarse a tal distancia del cuartel general de Coro, sin el indicado extraordinario acontecimiento del terremoto. La circunstancia de haber hecho éste terribles estragos en el mismo día en que dos años antes se había proclamado la insurrección, que fue Jueves Santo a las cuatro de la tarde hizo creer a todos aquellos habitantes que conservaban todavía algunos sentimientos de piedad y religión que aquel era castigo del cielo por los sacrílegos actos de rebeldía contra el legítimo Monarca y de crueldad y barbarie contra los que defendían su causa.

Como los caraqueños habían sido los principales motores de la revolución, fueron más penetrantes los agujijones de sus criminales conciencias. En medio de la consternación que se apoderó de los ánimos al ver caer los edificios por sus cimientos, hundirse los templos, expirar infinitas víctimas y exhalar lastimeros alaridos los que no habían tenido la fortuna de acabar sus padecimientos a los primeros golpes, hubo algunos que quisieron neutralizar con su cinismo los efectos del desastre y entre ellos el después tan célebre don Simón de Bolívar, que llegando a la plaza en mangas de camisa, exclamaba: "Si la naturaleza se opone a nuestros esfuerzos, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca".

A su vez, el partido español y la parte sana del clero secular y regular, explotaba la calamidad pública, haciendo propaganda en un principio con feliz resultado.

Como en el mismo día dieron las tropas rebeldes la batalla de Angostura, contra los fieles guayaneses, influyó considerablemente aquel alarmante azote del cielo en la brillante victoria que obtuvieron las armas realistas derrotando completamente a los invasores y destruyendo toda su Escuadra sin que un solo buque pudiera salvarse de la irresistible fuerza de unas gentes que peleaban con todo el ardor que inspira la fidelidad y la religiosa creencia.

La consternación de los habitantes y la predisposición general del país para abrazar la causa del Rey fueron estímulos suficientes para que Monteverde, determinase emprender la campaña desde luego sin aguardar los refuerzos que había pedido a Coro. La vanguardia compuesta de 200 hombres al mando del Capitán don Francisco Mármol llegó el día 2 de abril a Barquisimeto, en donde halló ya respuesta la autoridad real, por la lealtad y celo de sus habitantes. Reforzado allí con siete cañones y con un buen repuesto de municiones y pertrechos que sacó de las ruinas del parque que el enemigo tenía en este pueblo, resolvió dirigirse a Valencia, confiando en que la fortuna sería inseparable a sus banderas, atendiendo el estado de abatimiento de los rebeldes y el sincero arrepentimiento de la masa general de la población indígena.

A pesar de los felices elementos que obraban a favor del ejército de Monteverde, temía el provisor y circunspecto Cevallos los riesgos en que podía ser envuelta la columna por las tropas insurgentes de la provincia de Barinas y le aconsejó que no intentase nuevas conquistas hasta que pudiera reforzarlo con los auxilios que había pedido a Puerto Rico. No obstante, como el pronunciamiento casi general de los pueblos a favor de su causa, el aliento que le habían infundido al mismo jefe y a sus tropas las primeras victorias, las vivas excitaciones que le hacían algunos de aquellos para llevar adelante sus armas victoriosas, los deseos de adquirir gloria y los consejos de su vizarría y arrojo tuvieron un lugar de preferencia en el manejo de sus negocios.

Los primeros movimientos se dirigieron sobre Barinas, Tocuyo y Trujillo, y principalmente sobre San Carlos. El 17 de abril, entró la vanguardia de su ejército en la villa de Araurex, cogiendo prisioneros al Comandante general interino insurgente, el coronel don Florencio Palacios, a su segundo y nueve oficiales, con cien individuos de tropa y 200 fusiles, con varios pertrechos y municiones de guerra.

El día 20 entró en la ciudad de Guanare, después de haber reconocido al Rey Fernando VII todos los pueblos de 20 leguas en contorno, uniéndosele algunos soldados del país. Engreído con sus triunfos y contando con una fuerza de mil infantes y 180 caballos y con algunas piezas de artillería con todos sus atalajes y pertrechos correspondientes, determinó ansioso de gloria acometer al citado punto de San Carlos que se hallaba defendido por una fuerza superior de Infantería y Caballería. El 25 se vio atacado por los insurgentes en el Campo de San Carlos, derrotándolos completamente tomándoles 400 fusiles, dos cañones, 4 banderas, 14 cajas de guerra, y todas las municiones, les hizo 260 prisioneros, y sólo se fugaron a Valencia 15 o 20 hombres de los 1.300 o 1.400 que se componía el ejército enemigo. Acampó con sus tropas en San Carlos, a

fin de aprovechar la ocasión más favorable para atacar a Valencia, en donde tenía sentado sus reales el Gobierno federal de Venezuela.

Al siguiente día de esta victoria tan importante se dirigió Monteverde hacia Valencia, cuyo gobierno revolucionario se retiró a La Victoria alarmado con los rápidos progresos de las armas reales y por la predisposición que se notaba en aquellos habitantes para secundar sus impulsos. Detacando en el entretanto un pequeño cuerpo para ocupar a Calabozo y los Llanos, se presentó el 3 de mayo delante de la referida ciudad, al favor de una marcha velocísima a tiempo que las tropas rebeldes habían vuelto a disputarle la entrada. Verlos, atacarlos, deshacerlos, ponerlos en fuga, cogerles gran número de prisioneros, un pedrero, y cien fusiles fue obra de pocos momentos. Aquella tarde entró en la ciudad de Valencia entre las aclamaciones del pueblo, y a la hora de haber ocupado militarmente los puntos más ventajosos, fue atacado por los enemigos, rechazándoles completamente y cogiéndoles gran número de prisioneros, y tomándoles un pedrero y cien fusiles.

Al mismo tiempo que Monteverde entraba victorioso en Valencia, su compañero el teniente de fragata don Manuel Geraldino, que operaba con otra columna por la provincia de Maracaibo, ocupaba la ciudad de Trujillo, abriendo la esperanza a la terminación de esta campaña.

En medio de las glorias que iba adquiriendo Monteverde, no se le ocultaron los grandes riesgos que le rodeaban, hallándose a una distancia tan considerable del cuartel general, y no teniendo otro punto de donde recibir los perentorios refuerzos que necesitaba para defenderse de tres mil insurgentes que amenazaban arrojarle sobre aquella ciudad con artillería de grueso calibre, se dirigió por tanto con toda urgencia al brigadier Cevallos para que le enviase cuantos auxilios estuvieran a su alcance. Efectivamente salió Cevallos con los setecientos hombres que tenía disponibles para salvar al ejército del Sur del compromiso en que se hallaba.

Los insurgentes en este intermedio no se descuidaban en poner en movimiento todos los recursos de su ingenio y desesperado compromiso: pero la opinión les era contraria y sus progresos no podían ser sino muy lentos. Por este tiempo fue nombrado el coronel insurgente Simón Bolívar para el mando de la plaza de Puerto Cabello y el General rebelde don Francisco Miranda, tenía bajo su mando las tropas federales que escoltaba al gobierno revolucionario.

Noticiosa la Regencia del Reino de los triunfos de Monteverde y calculando la mucha utilidad que reportaba su bizarra conducta a las armas realistas en aquellos dominios lo promovió al empleo de Capitán de navío, y le confirió el mando de aquellas fuerzas, con órdenes reservadas para conservarlo hasta la pacificación, apareciendo en la gaceta del 14 de julio de 1812 la noticia siguiente: "En consideración a los distinguidos servicios que está haciendo el Capitán de Fragata D. Domingo de Monteverde, contra los revoltosos de Venezuela y persuadida la Regencia del Reino de que los continuará hasta la pacificación, ha tenido a bien promover a Monteverde al empleo de Capitán de navío de la Real Armada".

Viéndose los insurgentes en el mayor conflicto y necesitando de un experto general que mandase en Jefe sus tropas para contener los progresos del victorioso Monteverde, nombró por Generalísimo a don Francisco Miranda a quien los gobernantes temían por sus miras ambiciosas. A los pocos días de haber sido ocupada Valencia por el Jefe español, se había situado Miranda en el pueblo de Guacara, distante cuatro leguas, con cuatro mil hombres de que se componía entonces su

ejército. Habiendo destinado desde este punto una avanzada de quinientos hombres para explorar el terreno y habiendo llegado a las manos con otra de Monteverde, se sacó la mitad de ella a hacer fuego a las tropas del Rey, a las que se pasó una compañía entera de tropa de línea. Al saber este contratiempo el rebelde Miranda resolvió retirarse al pueblo de Maracay, que dista ocho leguas, en donde a pesar de habersele desertado anteriormente en La Victoria en una sola noche casi todo el batallón de Tuy, compuesto de cuatrocientas plazas recibió sin embargo varios refuerzos; y valiéndose además del apremio y del rigor, aumentó considerablemente su ejército y se atrincheró en los puntos de Cabrerías y Guaira.

Esperando Monteverde que el espíritu de las tropas rebeldes sería el mismo que había manifestado la avanzada que había salido de Guacara y el batallón de Tuy se adelantó rápidamente a atacarlos, y aunque obtuvo pocas ventajas en los tres choques que empeñó, desamparó Miranda dichas fortificaciones de la Cabrera y Guaira, y se retiró seis leguas al pueblo de La Victoria, en cuyo punto, fortificado con muchas piezas de artillería y defendido por cinco mil hombres que había podido reunir a fuerza de sacrificios grandes, creía se estrellarían allí los proyectos de los realistas.

El valiente Monteverde, dejando que la fortuna fijase la suerte de sus armas, más bien que los detenidos cálculos del raciocinio, se adelantó sin pérdida de tiempo a Maracay y desde allí al pueblo de San Mateo, dos leguas distantes de la Victoria. Figurándose con demasiada confianza que todo había de ceder a la rapidez de sus maniobras y a los esfuerzos de su brazo, trató de sorprender a los insurgentes en una madrugada: el éxito justificó lo acertado de sus planes; fueron cogidos con efecto desprevenidos los soldados de Miranda; pero favorecidos por la posición y alentados por su número y confiados en el tino e inteligencia de su Generalísimo, hicieron una desesperada defensa, rechazando a Monteverde con bastante pérdida y dejándole tan débil de esta malograda tentativa, que apenas podía contar con quinientos hombres de tropas disciplinados, siendo los demás bisoños e inexpertos.

La situación de Monteverde se hizo entonces muy apurada: escaso de tropas, falta de municiones. Distante 130 leguas de Coro, que era el primer punto de donde podía recibir algunos refuerzos con un formidable enemigo al frente y la plaza de Puerto Cabello a la espalda, no le quedaba ni aun el recurso de la retirada porque habría sido más seguro el desaliento de sus soldados y más fácil su propia destrucción. Empero vuelve la suerte a serle propicia y ocurre por este tiempo la sublevación de los realistas detenidos en Puerto Cabello. Ganada por estos trevidos españoles la guarnición del Castillo y la compañía de artilleros acuartelados en las bóvedas, lograron tremolar el pabellón español, apresar los buques fondeados, batir la población y hacerse dueños de aquella plaza la más importante de la provincia. El memorable día 1º de julio, en que se dio este golpe tan feliz, como inesperado, reanimó el espíritu de las tropas de Monteverde, quien volando a proveerse en aquel puerto de víveres y municiones que tanto necesitaba logró a tiempo todavía de arrollar en el puente que llaman de los Muertos los restos fugitivos de la guarnición, que no tuvieron la dicha de escaparse por mar, como lo verificó Bolívar embarcándose para La Guaira. El bravo Monteverde en esta última acción recibió tres graves heridas.

Sirviéndole de base de operaciones la plaza de Puerto Cabello, prosiguió Monteverde el curso de sus operaciones por medio de sus tenientes, mientras tuvo que guardar cama, y tan luego pudo abandonar el lecho se puso al frente del ejército realista dirigiéndose hacia la Victoria en busca del grueso del enemigo que capitaneaba Miranda. A su paso por los pueblos y ciudades se le unían los habitantes, y derrotando a los insurgentes en cuantos puntos les hicieron resistencia llegó al pueblo de San Mateo, donde acampó, y seguidamente intimó la rendición al generalísimo Miranda, el cual por medio de sus comisionados los días 20 y 24 de julio de 1812 le envió por el Marqués de Casa León las proposiciones de la Capitulación, que modificados y alterados por Monteverde, se firmó en el Cuartel General de San Mateo el 25 del mismo mes y año, por el Capitán venezolano José de Sata y Bussy, comisionado por el referido Miranda y por don Domingo de Monteverde, Comandante General a las tropas de S.M.C. por la cual evacuaron los rebeldes la ciudad de La Victoria en la que entró al día siguiente 26 el general Monteverde, licenciaron a las tropas de Caracas, entregaron la plaza de La Guaira, y entregarían los pueblos y lugares de la provincia de Caracas, Barcelona y la isla de Margarita.

Cumplida en todas sus partes esta Capitulación que pacificaba las provincias de Venezuela, Monteverde entró en La Victoria el 26 por la tarde, el comandante de la división de vanguardia del ejército reconquistador don Francisco Javier Zerveriz, entró el 30 en Caracas, donde permaneció todo aquel día hasta la llegada de Monteverde con el resto del Ejército y el 31 se apoderó del puerto de La Guaira, en donde hallaron presos por sus partidarios en el Castillo de San Carlos, a Miranda, con el canónigo de Chile, Montilla, Miret, Pellins, Aymerich, Castillo y su hermano, a los cuales envió a la Península bajo partida de registro. El 1º de agosto reconoció el Gobierno legítimo la provincia de Nueva Barcelona, cuyo ejemplo siguió también la isla de Margarita, después lo verificó la provincia de Cumaná quedando pacificadas las provincias de Venezuela gracias a la bizarría y esfuerzos del Capitán de Navío Monteverde, y a su benevolencia y piedad con los vencidos, grangeándose el amor y la confianza de aquellos habitantes.

Enteradas las Cortes generales y extraordinarias de las operaciones de las armas nacionales en Venezuela, resolvió que por medio de la Regencia del Reino se manifestase a don Domingo de Monteverde que S. M. había visto con suma satisfacción y particular aprecio el feliz resultado de sus acertadas disposiciones, y los importantes y distinguidos servicios que así el mismo como los oficiales y tropas de su mando habían contraído en la pacificación de la provincia de Caracas, la cual le fue comunicada el 21 de octubre del mismo año de 1812.

La regencia por su parte tan luego tuvo noticia oficial de la pacificación de Venezuela, debida a Monteverde, le nombró por su Real Orden de 30 de septiembre del mismo año Capitán General de las Provincias de Venezuela y Presidente de la Real Audiencia de Caracas en atención a sus méritos y servicios particulares y por otra de 2 de octubre lo nombró Jefe político de las mismas provincias con el sueldo, honores, preeminencias y facultades que le correspondían a dicho destino con arreglo a las leyes de Indias.

Con el mando del ejército realista que ejercía Monteverde, continuó la pacificación de aquellos dominios llevando la tranquilidad a los espíritus alterados sobremanera durante los dos años de alboroto, y la revolución que habían iniciado los

negros, fue calmada al momento que se divulgó tan plausible como ansiada la era de paz.

Con la mayor alegría recibieron los caraqueños el nombramiento de Monteverde para que los gobernase, prometiéndose una época feliz bajo su mando; pero aún no habían pasado ocho meses el partido insurgente que persistía en su idea de independencia, volvió a levantar el espíritu revolucionario tan luego como el ya citado Simón Bolívar, nombrado generalísimo de las tropas venezolanas, desembarcó en aquellas costas dando el grito de rebeldía, y arrastrando consigo a sus secuaces y a todos los mal contentos con la justicia y el orden.

La campaña que se inició a mediados del año de 1813 renovó una guerra que había de ser de larga duración, en la que al principio fue poco afortunada en algunos puntos para los realistas. Interpuestos los insurgentes entre las columnas españolas que sostenían la campaña y la plaza de Puerto Cabello que era la base de operaciones de aquellos, se vieron aquellos en situación apurada por las ventajas que llevaban Bolívar y Mariño pero contrarrestadas por el bravo Capitán de fragata don Juan Tiscar, que mandaba como segundo jefe las tropas por orden de Monteverde, logró vencerlo, y habiendo cogido prisionero el sanguinario Briceño le mandó fusilar tal vez por este motivo o por la índole de los cabecillas americanos, tomó la guerra caracteres de verdadera crueldad, que no bastaba a calmarles la natural propensión de Monteverde hacia la clemencia y piedad pero la verdad fue que Bolívar todo lo arrollaba, sin respetar nada. El 7 de agosto entró en Caracas, defendida con bizarría por un puñado de valientes.

Alentado con esta victoria determinó Bolívar dar un golpe de mano sobre la plaza de Puerto Cabello, y el 30 de agosto le asaltó con lo mejor de sus tropas. Monteverde lo recibió sereno y valeroso, y por efecto de sus acertadas disposiciones fue rechazado, dejando los insurgentes más de 600 muertos en las calles y en las avenidas de la ciudad; sin embargo, la posición de Monteverde no era segura por falta de fuerzas por hallarse la mayoría de las tropas en Campaña y ser la guarnición reducida y entregada la defensa de la plaza a las milicias del país y al vecindario. Pero un inesperado suceso le vino a reforzar nada menos que un regimiento que procedía de España.

Ello fue que el 14 de septiembre de 1813 se presentó delante del puerto de La Guaira la fragata de guerra "Venganza" mandada por don Diego Prieto González, escoltando un convoy con el Regimiento de Infantería de Granada, procedente de Cádiz con no mucha prudencia tomó el fondeadero sin cerciorarse de si estaba por los españoles; pero el fuego de las baterías insurgentes, antes que su pabellón, le pusieron de manifiesto su estado y picando los cables con celeridad y acierto se puso a la vela fondeando en Puerto Cabello, donde desembarcó la tropa.

Alentado Monteverde con este refuerzo, determinó hacer una salida vigorosa de la plaza con ánimo de llamar la atención del enemigo y de debilitar sus fuerzas que operaban contra los realistas del interior.

En esta salida en donde se avanzó bastante hubo multitud de hechos de armas y de combates sangrientos, fue herido nuevamente el valiente Monteverde, de cuyas resultas perdió la mayor parte de la mandíbula inferior después de una cruel operación.

Monteverde que había sido herido de gravedad el 7 de agosto de 1813 en la acción de Caracas, y se hallaba muy mal de salud, por lo que tenía solicitado desde

entonces su regreso a la Península, asistió a estas acciones sobreponiéndose a sus males, que se agravaron con la que recibió en la última salida, en términos de aconsejarle los facultativos y sus compañeros retirarse a la isla de Puerto Rico para su curación. No obstante, desistió de retirarse del teatro de sus glorias, que con su esforzado aliento parecía influir en los defensores de la plaza y en la causa de España.

Al fin habiendo recibido la orden de la Regencia de 21 de septiembre de 1812 en la que le concedía su regreso a la península como tenía solicitado, entregó el mando el 28 de diciembre del mismo año, a los dos años de haber empezado sus portentosas operaciones y haber sufrido durante ellos las penalidades, quebrantos y sinsabores que se experimentan en los climas tropicales, arruinando su salud. Embarcó para la isla de Puerto Rico desde la cual solicitó licencia para atender allí a su laboriosa curación, la cual le fue concedida con repetida prórroga.

Al regresar a España el Rey Fernando VII, enterado de los disgustos que le había proporcionado el mando de las provincias de Venezuela, en las cuales tuvieron que intervenir las Cortes, teniendo en consideración sus buenos servicios y al distinguido mérito que con especialidad había contraído en la reconquista de aquella provincia le agració por su Real Orden de 14 de julio de 1814 con la Cruz pensionada de la real y distinguida orden española de Carlos III.

Permaneció en Puerto Rico hasta el mes de septiembre de 1816 que encontrándose muy mejorado en su salud embarcó en el bergantín particular nombrado el "*Tigre*" en el que llegó a Cádiz y se presentó en el Departamento el 19 de octubre de 1816. Solicitó cuatro meses de licencia para Madrid y siéndole concedida por real orden de 17 de noviembre siguiente emprendió su marcha el 1º de diciembre sucesivo.

En la Corte hizo presente a S. M. los servicios que había prestado en Venezuela durante su mando en aquellas provincias, obteniendo desde luego en recompensa de aquellos el empleo de Brigadier de la Real Armada por Real Orden de 22 de agosto de 1817, y además previno el Rey a la Sala de Gobierno del Consejo de Admirantazgo, que propusiere los premios a que considerase acreedor a este benemérito jefe por su heroica conducta en aquellos dominios.

Comprendidos los servicios de Monteverde en los estatutos de la real orden americana de Isabel la Católica le fue conferida la Gran Cruz distinción que hasta entonces no se había otorgado a ningún Brigadier ni tampoco en muchos años después, recibiendo el real título con fecha 3 de octubre de 1817 y dentro del articulado de la real y militar orden de San Fernando le fue concedida la Cruz laureada de segunda clase, expidiéndose el diploma correspondiente en 17 del mismo mes y año.

Prorogada que le fue la expresada Real licencia, disfrutó de ella en la Corte hasta el 1º de diciembre de 1817 que emprendió su viaje al Departamento de Cádiz, en el que se presentó el día 9 del mismo mes, allí prestó los servicios de los de su clase sin destino determinado, usando de frecuentes licencias para tomar baños a fin de atender a su salud, hasta fines del año 1823 que al establecerse el regimen absoluto, fue electo Capitán General de la isla de Puerto Rico, cuyo alto cargo no pudo aceptar por impedirselo el estado decadente de su salud.

Promovido al empleo de Jefe de Escuadra por real decreto de 22 de junio de 1824, y justificada la conducta militar y política que observó durante el régimen

constitucional, por real orden de 11 de mayo de 1825 fue nombrado por S. M. en 28 de agosto siguiente para desempeñar la Comandancia principal de los Tercios Navales de Levante. El 21 de marzo de 1826 salió de transporte en la Corbeta "Diana" para Cartagena, posesionándose de su destino el 1º de abril siguiente. Paso la revista anual a las provincias y distritos de aquel Departamento de Marina, y suprimido el destino cesó en el expresado cometido el 7 de marzo de 1827.

Refundidos por este tiempo los antiguos cuerpos de artillería e infantería de marina, en uno que se le denominó *Brigada Real de Marina*, y deseando el Rey poner a su cabeza un General en el que estuvieran representadas las virtudes militares que caracterizaron durante más de un siglo los cuerpos que se extinguían, y al propio tiempo estuviese dotado de la inteligencia y prendas necesarias para infundir a las tropas de marina el ardor y entusiasmo tan indispensables para los lances de mar y tierra, eligió por su Real Decreto de 24 de junio de 1827 al jefe de Escuadra don Domingo de Monteverde para que con el empleo de Coronel General disciplinase, organizase y colocase en buen pie el nuevo Cuerpo. Y en verdad la elección no pudo ser más acertada por su edad, por sus antecedentes, servicios y virtudes militares, Monteverde había tomado parte honrosa y derramado su sangre en todas las funciones de guerra que habían ocurrido en su tiempo, tanto en los alcázares de los navíos de la Armada, como en los campos de batalla de la Península y América. Desfiguraban su rostro y cuerpo porción de cicatrices sufridas del hierro y plomo enemigo: había sido subalterno, jefe de columna y general en jefe de tropas en campaña y operando con ellos en lejanas regiones y con escasos recursos, ganando a su frente la más preciada de las veneras militares por su arrojo, decisión y patriótico heroísmo.

Monteverde, salió de Cartagena el 29 de agosto inmediato y el 4 de septiembre siguiente se presentó en el Departamento de Cádiz tomando posesión del mando de la Brigada Real el día 9 del mismo mes y año. Procedió a la organización e instrucción de los tres batallones de que se componía quedando a principios del año siguiente de 1828 en condiciones de prestar todos los servicios de buques, arsenales y destacamentos que siempre estuvieron a cargo de las tropas de Marina.

Pasados tres años de una constante labor, teniendo ya zanjadas no pocas de las dificultades que se le presentaron para la fusión de la oficialidad del cuerpo general que fortuitamente fue obligado a quedar separado de la activa vida de mar, que era su verdadera misión, para prestar un servicio militar en tierra que no les era agradable y contra el cual constantemente representaron, fue sorprendido en la noche del 3 de marzo de 1831, por el grito revolucionario que dieron en San Fernando algunos de los oficiales de la Brigada Real de su mando en unión de los de las compañías destacadas en Cádiz de los Regimientos de línea del Rey y Reina, que después de arrestar a su Coronel General, se apoderaron del Cuartel de San Carlos, y del Arsenal de la Carraca, retirando el destacamento, y dando libertad a los presidiarios.

Comprometidos por la causa de la libertad con algunas tropas de las guarniciones de Cádiz, y otras plazas de Andalucía, en la referida noche que era la designada por sus secuaces, para dar el grito, al mismo tiempo que los generales Manzanares y Torrijos, lo verificaban en las cercanías del Campo de Gibraltar, procedieron a la

detención y suspensión de sus cargos a las autoridades de la plaza, y de la localidad arrestando en sus casa al Gobernador Militar y al Corregidor, y eligieron para Presidente de la Junta Municipal de Gobierno y Gobernador de la Plaza al Capitán de navío don Marcelino de Dueñas y Vega.

Aquella noche y el día siguiente cuatro ayudados de parte del pueblo lograron mantenerse en las posiciones que habían ocupado, pero no habiendo respondido los comprometidos de Cádiz ni del Puerto de Santa María, y noticiosos que el Capitán General se había trasladado sus intentos abandonaron por la noche la ciudad de San Fernando, dirigiéndose por el puente de Suazo a Chiclana, y Vejer con el fin de sorprender a Tarifa a unirse con el general Manzanares en los barrios. Aún no habían llegado al Portazgo cuando fueron regresando porción de artilleros de marina que no quisieron seguir a los rebeldes. En tanto el coronel general Monteverde al frente de las tropas de su mando del 2º batallón que habían permanecido fieles, fue ocupando las guardias de la Plaza a las voces de Viva el Rey, quedando el día cinco en la mayor tranquilidad.

Con el referido Capitán de navío don Marcelino de Dueñas siguieron seis oficiales, 23 sargentos, 21 cabos, 25 tambores y cornetas, y 250 artilleros de marina, con los oficiales de Ejército las tropas de las Compañías del Rey y Reina, algunos paisanos y presidiarios de la Carraca, que se le unieron en el Pinar. En Vejer se disolvieron y perseguidos por las tropas del general don Vicente de Quesada, fueron prisioneros y sometidos a los procedimientos militares de la ordenanza.

El Gobierno de S. M. para depurar las responsabilidades que hubiesen contraído el Capitán General del Departamento don José de Quevedo y el general Monteverde y el Comandante General del Arsenal de la Carraca don Joaquín María Pery, mandó en real orden de 21 de marzo que fueren suspensos de sus cargos, y que el Teniente General don Tomás de Ayalde tomase el mando del Departamento, para residenciar a dichos Generales e informar al Rey de la conducta militar que habían observado durante aquellos lamentables sucesos. Todos tres cesaron en sus destinos el 1º de abril siguiente quedando residenciado en us casas.

El resultado del expediente que se incoó no pudo ser más favorable a estos relevantes y leales marinos y el fallo fue absolutorio, volviendo a ocupar sus destinos el 21 de noviembre del mismo año conforme a lo determinado por el Rey sin que les sirviese de nota desfavorable lo actuado.

El bizarro y pundonoroso Monteverde sufrió mucho en estos acontecimientos y tales padecimientos morales socavaron su estado físico ya lastimado por efectos de sus gloriosas heridas, cayendo en un estado de postración que en breve le llevó al término de su vida entregando su alma a Dios en el ejercicio de sus altas funciones, el 19 de septiembre de 1832.

II.- Las tropas de Caracas existentes en La Victoria, la evacuarán por divisiones que desde hoy mismo por la mañana empezarán a salir, y con intervalos proporcionados se retirarán a Caracas, en donde depositarán las armas y sucesivamente en el momento que lleguen, licenciándose el punto.

III.- Quedará en la Victoria una división de 800 a 1.000 hombres que hagan

la entrega del armamento, artillería, municiones, y demás efectos militares que se encuentren en aquel pueblo.

IV.- El ejército del mando del Sr. don Domingo de Monteverde, entrará en La Victoria el día 26 por la tarde para hacerse cargo de todo lo contenido en el artículo anterior.

V.- Este ejército dividido en las secciones que tenga por conveniente su jefe podrá pasar a Caracas sucesivamente desde el día siguiente de su entrada en La Victoria con el mismo objeto y fines insinuados en los artículo II y III.

VI.- La división que quede en La Victoria, después de la entrada del ejército español, se retirará por piquetes a los cuarteles y allí depositarán sus armas, de que se hará cargo el comisionado o comisionados que nombrase el jefe de dicho ejército. La división de Caracas quedará licenciada, y se retirará con orden a los pueblos de su residencia.